

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL RECTOR DE  
LA UNIVERSIDAD, ABOGADO IGNACIO  
GARCIA TELLEZ, EN EL ACTO DE  
CLAUSURA DEL CONGRESO  
NACIONAL DE  
ESTUDIANTES**

Bella oportunidad esta que se me presenta para saludar en vosotros a la juventud toda de la República. El Congreso Nacional de Estudiantes significa la suma máxima de voluntades y la unificación espiritual de la juventud para obrar en forma coherente en la solución de sus problemas. Esta reunión no es ni cónclave de burócratas, ni de cazadores de intereses materialistas que por lo común postergan, no sólo los altos valores del espíritu, sino que también los compromisos de clase o de raza y en ocasiones hasta los de humanidad, sacrificados frecuentemente por el lucro desmedido de las fuerzas imperialistas. Trascendencia nacional tiene este Congreso porque está integrado por delegados representativos de la clase estudiantil provinciana, que alejada de la licencia y el bullicio capitalino, acude modesta y fogosa, como que trae aún el calor hogareño, las palpitaciones del ambiente regional y la savia pura y fresca del honesto rincón de la campiña o del villorrio. Su presencia pone una nota de sencilla espontaneidad.

De verdad agradezco vuestro voto de adhesión y simpatía, lo recibo porque no tiene ningún móvil personal; los hombres nada significamos, ni nada valemos si no estamos al servicio de causas nobles. Vuestra manifestación sólo debe recibirse como acto de solidaridad al programa de moralización y de respeto a la juventud universitaria en este viacrucis que corresponde al primer período de autonomía y en el que me ha confortado la fe absoluta, la confianza ciega en que la pureza del alma estudiantil y la dignidad magisterial fallarían en última instancia, absolviéndome de todo insano propósito.

No quiero despreciar esta oportunidad para expresar algunas de las preocupaciones que han nacido de mi convivencia con la juventud en estos tres años rectorales próximos a terminar. A la juventud mexicana, como a la juventud de todos los países del mundo, le ha correspondido una etapa de inmensa responsabilidad; no asisti-

mos a un instante de reposo: no es este el momento en que el fiel de la balanza esté quieto; no es tampoco un paréntesis tranquilo; el genio no se ha fatigado de crear, no descansa a la sombra de doctrinas y regímenes estables, porque está en marcha hacia un orden de cosas más justo y más bello. Presenciamos el titánico esfuerzo por remover hasta en sus más profundos cimientos la arquitectura del viejo mundo egoísta y explotador.

Frente a esta obra, a todos nos corresponde un papel importante que desempeñar, atacar o defender según nuestras convicciones; lo que no está permitido es permanecer neutrales, ociosos o contemplativos. El estudiante de todos los países, como una falange vanguardista, camina a la alborada de un nuevo mundo. Lo mismo se agita tormentosa la juventud de China, precursora de movimientos de reivindicación, como la japonesa, detenida por un imperio milenario, como se irguió la juventud de España sobre la techumbre de sus casas de estudios para proclamar la segunda república. Igualmente se ha ofrendado en Sudamérica reclamando la autonomía universitaria, que brindado en Cuba en holocausto de una dictadura oprobiosa. Acaso no cabe preguntar ¿por qué a la juventud le ha tocado en esta hora suprema un papel tan definitivo, en el que parece que a su actitud está confiado el destino inmediato? Su gesto es el índice revelador del estado de conciencia de las masas oprimidas, porque sin sumisión a los intereses creados, su espíritu vigoroso y cultivado rompe toda ligadura con el pasado y aprisiona como ágil antena las fuerzas de gestación de un mundo nuevo.

Acabo de leer la declaración de principios del Congreso y en ella se habla de la crisis de la propiedad privada, de su necesaria utilización para el bien común. En verdad que es esta una profesión doctrinal avanzada porque hiere la fibra más sensible del individualismo anacrónico y al instrumento de dominación más poderoso, sobre el que descansa la acumulación de la riqueza en pocas manos, o sea el monopolio territorial, que egoístamente mantiene improductivos bienes de que carece la colectividad, o el capitalismo internacional, surgido de la descompensación del trabajo, de la acumulación injusta de utilidades, de la explotación de las masas consumidoras, de la usurpación de los poderes políticos, a cuyo amparo controla las riquezas del subsuelo y los mercados extranjeros, no para realizar la felicidad de la mayoría por la equitativa distribución de los frutos, sino para satisfacer un apetito desenfrenado de lucro, que desprecia todo valor humano y se olvida que el progreso, lejos de separar a las colectividades, las ha vinculado por interdependencia económica y espiritual tan estrecha como indestructible, y el progreso quiere decir rebeldía espiritual contra el automatismo de la vida, reivindicación de la existencia humana contra la tiranía de la máquina.

En cualquiera de las manifestaciones que se considere al individualismo se le encuentra en crisis: presenciamos también la decadencia de nuestros regímenes políticos en los que el Estado descansa sobre la unidad ciudadana, prescindiendo de su grado de cultura y sobre todo de su función económica y de su interés de clase, como si los grandes descubrimientos científicos, el perfeccionamiento de la técnica y la división del trabajo, no exigieran de la tarea legislativa una eficiencia mayor y una representación directa y mejor, que tuviera en cuenta más que al número de habitantes, a la naturaleza y a la importancia de las organizaciones profesionales. La democracia social reclama el gobierno para los más capaces y una responsabilidad efectiva de las colectividades.

Responde a esta reforma el movimiento estudiantil de autonomía universitaria porque entrega a las clases sociales más sanas y cultivadas el gobierno de las escuelas, y en él deben participar libremente, sin la presión de las autoridades; por la designación de los más selectos representativos de los grupos profesionales; dirigidos por los que demuestren que saben aquilatar el grado de su responsabilidad y la plena conciencia de sus deberes; por el respeto a la ley que exigen y la obediencia consciente a las autoridades que designan. De salvarse esta experiencia de pedagogía republicana, se habrá preparado la gran tarea de la verdadera democracia del porvenir.

La demostración de simpatía del Congreso equivale en este sentido a la expresión de solidaridad para la doctrina que encierra el movimiento universitario, para la autonomía en que han vivido las agrupaciones estudiantiles, y el proceder enérgico y decidido de la Rectoría para hacer que la juventud universitaria vuelva por su prestigio, demostrando que no se debate en una demagogia insustancial e infecunda, que es capaz de consumir su propia depuración, de volver por los fueros de su apego al estudio y de exhibir a la nación la ejemplar transmisión de su gobierno supremo.

Pero, si asistimos a la crisis del individualismo en su manifestación económica y en su organización política, sería imposible que no presenciáramos su transformación educativa. Deben acabarse para siempre los privilegios de la cultura como patrimonio de determinada casta social. La socialización de la cultura reclama el máximo de oportunidades educativas para las clases trabajadoras, no sólo para elevar su capacidad técnica, sino para fomentar su conciencia gremial y liberar su espíritu de la oscura superstición, pues no basta su preparación especializada como trabajadores calificados para convertirlos en constructores de la futura organización social.

En presencia de esta obra por realizar, que no se diga que la juventud mexicana es inconsciente y frívola frente al hervor de la vida: sus tempestuosas inquietudes son como el rumor de inmensa catarata

que se despeña; en cada gota viene reflejado un horizonte lejano, el limo de todas las tierras y el impulso de todos los rumbos. Captemos sus energías en las grandes turbinas del deber, para enviarla a alumbrar con su ciencia los senderos de la redención de los miserables y calentar con su ardor la helada mole del egoísmo.

Las grandes masas trabajadoras no deben verla con temor ni desprecio. El liberalismo clásico de la vieja intelectualidad contemplativa, al dejar pasar, al dejar hacer y poderse acomodar a la vera de los poderosos, fué una norma de servil adaptación de un profesionalismo que, no surgido del fragor de la batalla, no contempló jamás las rebeldías huracanadas de las multitudes postergadas. La generación de hoy, tal vez más que la del mañana, es carne y espíritu de nuestras revoluciones y en su temperamento se reviven, aun sin saberlo ni quererlo, las horas de angustia y de revancha. Deberá ser esta juventud la que celebre los esponsales del trabajador con la cultura, de la ciencia y los destinos de la patria. Entre el obrero manual y el obrero intelectual, no hay abismo que los separe, sólo hay diferencia de grados en las aptitudes dirigentes y su papel es complementario, pues los asalariados son resultado del maquinismo y éste es hijo del intelecto en acción; juntemos sus voluntades para disponer, en su beneficio, de los instrumentos de producción.

Hagamos de la ciencia un dón al alcance de todos; de las aulas, el crisol del progreso; del magisterio, la más pura gestación espiritual, y en cada escuela entronicemos el altar de la patria, inclinándonos sólo para enviar nuestra plegaria por la felicidad humana.

Juventud mexicana que me escucha y que ha escogido el puesto más difícil de cumplir hoy en día, no debéis asistir de visita a la Universidad; vuestra carrera no es un pasatiempo, sino la preparación para una lucha que debe siempre plantearse en un plano moral superior. Las clases sociales, mientras más ignorantes y necesitadas estén, exigirán de vosotros la ímproba tarea de pugnar por su liberación; de vuestra cultura no podéis ser avaros, ni en vuestro servicio cortos, ya que sólo sois depositarios de un bien que está destinado a fructificar para la colectividad. Si el detentador de las cosas materiales es expropiado cuando sus posesiones están ociosas o perjudican a la comunidad, con cuánta mayor razón debe reclamarse al profesionalista que rehuye prodigarse aun cuando exponga su tranquilidad. Sobre todo tened presente que la crisis fundamental estriba en la bancarrota de la moralidad; la superstición del fanatismo se ha sustituido por la idolatría del oro y en el arrecife de la concupiscencia han naufragado incontables capitanes de la Revolución; los tesoros del subsuelo se han convertido en un mito para el pueblo. La tierra de nuestros mayores huye también a manos de extranjeros; la intromisión en nuestras tragedias se compensa con créditos diplomáticos;

**los monopolios imperialistas esclavizan la industria, cercan los mercados, y de la miseria y el dolor proletario extraen su fugitiva fortuna, y ni el derecho de hablar al mundo nos queda, porque la prensa se ha asociado para censurar nuestro pensamiento. ¿A quién volver los ojos? ¿A quién confiar nuestras esperanzas si no es al consorcio del proletariado y de la juventud, del cerebro y del músculo, de la fuerza y la idea, del dolor y el desinterés? En las fraguas del trabajo encended la tea de la fe inextinguible de las manumisiones, y, prestos, continuad la marcha triunfal de la Revolución, poniendo en cada día una nueva alborada de ilusiones.**